

¿Qué entendemos por participación?

Por lo general, deliberamos para entender de qué demonios estamos hablando unos con otros. El error no se produce más que en el momento en que dejamos de hacer eso, porque creemos que ya nos hemos entendido.

MICHAEL ENDE

COMO HEMOS VISTO, el camino de transformación y construcción democrática por el que transitamos actualmente en nuestro país, y la nueva visión sobre la infancia que considera a niños, niñas y adolescentes como actores sociales, nos señalan la importancia de promover una participación amplia y diversa de todos los ciudadanos, incluyendo a la población infantil y juvenil.

En este capítulo tocaremos el concepto de participación relacionado con otros tales como protagonismo infantil, expresión infantil, organización infantil y movimientos sociales de niños y jóvenes, ya que en todos ellos se entretajan aspectos vinculados con el tema que nos ocupa. También expondremos algunas de las propuestas que se han hecho para categorizar los niveles de participación de la niñez y los ámbitos de la esfera pública en los cuales se ha demostrado que su inclusión ha sido muy valiosa.

Participación

*He decidido enfrentar la realidad,
así que apenas se ponga linda,
me avisan.*

FELIPITO (Mafalda)

La palabra proviene del latín *participatio* y *parte capere*, que significa tomar parte.¹ A través de la participación compartimos con los otros miembros del grupo decisiones que tienen que ver con nuestra propia vida y la de la sociedad a la que pertenecemos.

En el *Manual de educación* que publica Amnistía Internacional se habla de la participación desde dos puntos de vista. El primero de ellos, se vincula con los derechos humanos y postula el derecho que tiene cualquier persona de intervenir en la toma de decisiones y en la realización de las metas políticas, económicas, sociales y culturales de la sociedad.

Esto plantea una noción de persona con valores y capacidades que puede aportar y poner al servicio de la comunidad a la que pertenece, lo que nos lleva al segundo aspecto que se da en la definición del manual: se concibe a la participación como una actividad privilegiada para el desarrollo humano, ya que es “aquello que permite en mayor medida que cada miembro del grupo despliegue

¹ Corominas, J. (1994), *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos

sus atributos y potencialidades individuales y haga aportes decisivos a la vida del conjunto” (Amnistía Internacional, 1996: 9).

De esta manera, la diversidad de atributos y las diferencias individuales son algo necesario que enriquece y complementa el todo social. Por tanto, una premisa que antecede a la participación es precisamente el **respeto a la diferencia**.

Yo creo que la diferencia es una realidad que debemos considerar de manera fundamental en el trabajo de participación.

Linares (2000) nos dice que la verdadera prueba de flexibilidad, de aceptación y de tolerancia a lo que es diferente a uno, se presenta al participar en grupos a los cuales normalmente no se pertenece y que están formados por personas muy diversas.

El acto de participar conduce al individuo a desarrollar una conciencia de sí mismo, de sus derechos y de su pertenencia a un grupo o comunidad. La participación tiene que ver con la capacidad de tomar decisiones en libertad y no solamente con el hecho de contraer responsabilidades económicas o de cualquier otro tipo. La dignidad y la autodeterminación son características de la participación.

En nuestro quehacer cotidiano observamos que la promoción de la participación se relaciona con varios grados de incidencia: uno de ellos es el que ocurre a nivel de la conciencia individual, en el que el sujeto reconoce su derecho a participar y a ser tomado en cuenta; otro, el que se da a nivel grupal, que implica la conciencia de que se es parte de un grupo y se comparte la responsabilidad de lo que en él suceda, y otro más cuando existe la percepción de pertenencia a un ámbito más amplio, como puede ser la escuela, la comunidad y/o la sociedad (Linares, 2000).

La participación de las niñas, niños y jóvenes

Los niños no necesitan hadas protectoras; poseen ellos mismos todos los poderes y el universo que los rodea rebosa de plenitud.

ROGER RENAUD

Una de las características de la infancia es que los niños buscan y tratan por todos los medios de tomar parte en aquello que les importa y les afecta. Desde que nacen tienen una disposición a explorar, preguntar y provocar a quienes les rodean en su afán por descubrir el mundo y actuar en él. Los estudios psicológicos (Rogoff, Malkin y Gilbride, 1984; Bretherton, McNew y Beeghly-Smith, 1981) han demostrado, por ejemplo, que a partir de los seis meses pueden observarse en los bebés intentos muy claros de comunicar la forma en que quieren participar en situaciones específicas. Ellos tienen una disposición muy activa que intenta influir en los adultos para comenzar o dejar de hacer algo, así como para obtener los objetos que desean.

La constante necesidad de expresar ideas, emociones y deseos hace que los niños tengan una presencia sumamente notoria y vívida. No obstante, en la mayoría de los espacios en los que se encuentran, por lo general son actores poco reconocidos y con frecuencia reprimidos. Durante la infancia se observa una gran capacidad de relación social: niños y niñas buscan el apoyo de padres, hermanos, abuelos, compañeros, profesores y otros adultos o iguales para lograr lo que se proponen; se sumergen en redes de relación muy complejas que se organizan no sólo alrededor de sus propios intereses, sino de muchos otros.

Participar también es todo lo que los niños hacen cotidianamente en su comunidad, dentro de su familia, en el trabajo, en la escuela. Por ejemplo yo me fui formando al participar en la escuela pero también lo hacía al apoyar en las labores de la casa. A lo mejor éstas no son las formas de participación en las que nosotros estamos pensando a partir de la Convención, sin embargo es una realidad que las niñas y niños participan en todos los aspectos de su entorno.

Su actuación y expresión es tan avasalladora que por lo general los adultos se organizan de manera que puedan controlar y “acallar” esta intensidad, enseñándoles a obedecer y a seguir instrucciones.

En realidad, podemos decir que la tendencia a la participación es una cualidad humana; sin embargo, en la actualidad no sólo hay una falta de reconocimiento a la participación que los niños tienen en la sociedad, sino una constante supresión de la misma. Los adolescentes y jóvenes viven una situación similar, pero cargada además con el temor del adulto a los cambios internos inherentes a esta edad y a su constante cuestionamiento que discrepa con los criterios establecidos. La seguridad que sentían los adultos mientras educaban a los niños se tambalea cuando esos niños desean construir sus propios códigos de relación social.

En efecto, los adolescentes se acercan a las formas adultas de resolver los problemas, pero de manera interna viven una serie de transformaciones emocionales que afectan profundamente la relación con los demás. En un intento por tener más control sobre su vida, ocultan sus emociones y son menos transparentes que los niños. De ahí su necesidad de experimentar vías alternas de expresión (formas de vestir, hablar, actuar). El constante cuestionamiento a su entorno y a los otros responde, según Katz y Barreno (1996), a la necesidad que tienen de sentirse creadores en sus relaciones y en su comportamiento social. No debemos olvidar que, en su afán de reinventar el mundo, el rol que juegan la adolescencia y la juventud ante la sociedad es realizar una crítica radical a los adultos y a las formas establecidas. Esta es su fuerza y su aportación y, sin lugar a dudas, una manera de participar en lo cotidiano.

“Parecería que el adolescente va a romper y arrasar con los modelos de la ‘lógica social’... Es allí cuando el adulto se lanza a reprimir, a cercenar la libertad física y a no reconocer la subjetividad

del adolescente quien a su vez considera y está seguro de que, a raíz de su crecimiento ya cuenta con una percepción del mundo objetiva y madura” (Katz y Barreno, 1996: 31).

El deber de escuchar a los niños que planteamos en el capítulo anterior se vuelve más complejo y difícil ante los adolescentes y jóvenes por el componente crítico de éstos hacia las formas de ser adultas y por el fuerte contenido emocional que ellos ponen en la relación. Es por esta razón que vemos como prioritario continuar la sensibilización de la sociedad y la educación de los adultos para que puedan distinguir y valorar las diversas formas de participación de la niñez y juventud, sin que necesariamente se vean amenazados por ellas.

Protagonismo infantil

*Hasta que los leones tengan sus propios historiadores,
las historias de cacería seguirán glorificando al cazador.*

PROVERBIO AFRICANO

La idea de que los niños y jóvenes son seres capaces de tener un rol trascendental en su propio desarrollo y en la sociedad ha sido expresada bajo diversos conceptos que es importante analizar y debatir. En los últimos años se ha acuñado el término de protagonismo infantil,² para referirse a la posibilidad que tienen niños y niñas de formar colectivos que pueden pensar, proponer y actuar con un perfil propio, establecer formas de expresión creativas y distintas, y tener la capacidad de determinar su propio rumbo.

Esta expresión también se ha usado para referirse a grupos de niños que se unen en torno a intereses comunes, por lo que se puede encontrar una distinción en los textos entre el protagonismo espontáneo y el organizado. El primero de ellos es el que se manifiesta en la vida cotidiana cuando niños y niñas exigen ser tomados en cuenta, o cuando asumen responsabilidades económicas o familiares. El segundo se utiliza para aludir a organizaciones estructuradas formal o informalmente en barrios y escuelas. Lo importante en estas agrupaciones es que en ellas puede desarrollarse una conciencia colectiva sobre las características de vida que comparten, su derecho a ser respetados como seres humanos y como sujetos capaces de tomar decisiones. Por ello, uno de los puntos centrales de la discusión es la posibilidad de autogestión y autonomía.

En voz de los niños del movimiento de Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores de Nicaragua, el protagonismo infantil es, entre otras cosas, tener la posibilidad de opinar sobre su

² Según Manfred Liebel es posible que el origen del término haya sido promovido por el Movimiento de Apoyo a Niños Trabajadores Hijos de Obreros Cristianos (MANTHOC) en el Perú durante los años setenta, en los que era común hablar de “protagonismo popular” para referirse a los movimientos que luchaban por mejorar sus condiciones de vida.

trabajo, tomar la iniciativa para la defensa de sus derechos, ayudarse unos a otros, organizarse y trabajar unidos para algunas actividades (Natrás, 1996: 9).

Liebel (2000) sugiere que existen dos posturas generales en cuanto al papel de los adultos en el protagonismo infantil. Una de ellas es entenderlo como un método de trabajo educativo. Desde este enfoque se considera que los niños no son todavía capaces de enfrentar y solucionar los problemas que se les presentan, por lo que los elementos de formación y conciencia deben ser transmitidos por los adultos en un proceso educativo dirigido y metódico. La otra posición sostiene que “los niños están confrontados siempre con su realidad y hacen de ella su propia ‘rima’ aún cuando no siempre quieran articularla de manera que los adultos puedan entenderla”. Desde este punto de vista el trabajo pedagógico se entiende como un apoyo que permita que surjan los presupuestos desde los mismos niños.

Desde nuestro punto de vista el término de protagonismo infantil es problemático. La postura de Gaitán (1998: 86) por ejemplo, es entenderlo como la posibilidad de que los niños desempeñen el papel principal en su propio desarrollo y en el de su comunidad, sin ignorar que existen también otros roles que pueden considerarse como papeles secundarios o bien antagónicos. Señala, sin embargo, que algunos promotores entienden el protagonismo infantil como el seleccionar a niños capaces y prepararlos para que sean oradores en temas de moda y puedan presentarse en foros, o bien organizarlos para que participen en movimientos sociales. Para otros, el protagonismo está asociado a que los niños hagan lo que quieren “sin interferencia” de los adultos.

La idea de los niños como protagonistas puede generar confusión, ya que dentro del escenario social encontramos una diversidad de actores que se encuentran en estrechas relaciones de interdependencia y que es difícil categorizar como principales o secundarios sin considerar el contexto y la situación específica.

Hay que destacar que el término surge como una extensión del concepto de protagonismo popular, en el que se hace una crítica a las teorías de desarrollo y modernización de los años setenta que consideraban las desigualdades como naturales y fruto del triunfo de los más aptos. Estas teorías conceptualizaban a las minorías, a los grupos étnicos y a los “pobres” como sectores atrasados y subdesarrollados culturalmente (conceptualización que todavía prevalece en muchos políticos). La noción de protagonismo rescató en aquel entonces la soberanía y creatividad de estos pueblos y grupos sociales como agentes activos en la lucha por mejorar sus condiciones de vida.

También es comprensible que en los momentos iniciales de la reivindicación de derechos de un sector –como sucedió en el movimiento feminista– se busque destacar su presencia en el entramado social; sin embargo esto puede conducir a enfrentamientos o resistencias de parte de los otros sectores que, al sentir amenazada su posición, obstaculizan el reconocimiento que se pretende lograr. Nuestra posición es que se debe potenciar el protagonismo de todos los actores, ya que en el contexto de una

sociedad democrática se aspira a la creación de espacios de diálogo, argumentación y deliberación entre los diferentes actores, más que a propiciar el engrandecimiento de uno solo.

El entendimiento de los niños como **sujetos sociales o actores sociales**, en lugar de protagonistas, parece más adecuado porque alude al papel activo que pueden tener frente a la realidad, así como a la posibilidad de opinar, intervenir y participar en la toma de decisiones que les afectan, sin que equívocamente se les considere como los actores principales en la orquestación del orden social. De hecho, estas nociones de sujetos o actores sociales son ejes siempre presentes en el discurso sobre protagonismo infantil. Liebel lo hace explícito al decir que “el Protagonismo Infantil se manifiesta cuando el niño o la niña se comprende como sujeto social y se siente capaz de participar y transformar la realidad” (1996: 23).

Diferentes formas de participación

Él ha emprendido por sí mismo la tarea de hacerse ciudadano de su universo. Y lo hace con entusiasmo. Nada hay en su actuar de disciplina, adversidad o, por el contrario, distracción inconsecuente. Placer y serios conflictos, deseo y necesidad reconciliados, la vida entera se descubre y se crea como un juego apasionado.

ROGER RENAUD

Dentro del tema que nos ocupa, se han hecho en los últimos años diversas aportaciones que intentan categorizar los niveles de participación. El análisis de las mismas se dificulta por el hecho de que se trata de un contexto de discusión relativamente reciente cuya construcción de conceptos se encuentra todavía en proceso y por lo tanto el debate está abierto.

Expondremos en primera instancia lo que se ha llamado expresión infantil para abordar posteriormente otras formas de participación más complejas como serían la organización y los movimientos sociales de niños, niñas y adolescentes.

Por otro lado, en el ámbito de los jóvenes, la investigación se ha centrado en las organizaciones y movimientos juveniles, principalmente de carácter urbano-popular. Aún cuando la mayoría de los autores habla de la participación de los jóvenes en términos políticos y electorales, hemos encontrado aportaciones interesantes relacionadas con la participación a partir de la vida cotidiana y de los ámbitos cercanos a ellos. En un intento por ordenar las ideas y conceptos que nos aportan diversos teóricos decidimos dedicar al final un apartado específico para las formas de participación de los adolescentes y jóvenes.

En Homero, la palabra siempre lleva alas, pues así como el pájaro no puede volar indefinidamente y ha de hallar algún lugar donde posarse, también la palabra alada necesita posarse y ser oída.

JEAN LACROIX

Desde el nacimiento, los seres humanos tenemos una gran capacidad para expresar emociones y deseos. Estas posibilidades expresivas se van desarrollando o reprimiendo de acuerdo al tipo de ambiente en el que se desenvuelven y a las relaciones que se establecen con los adultos y con otros niños.

Decíamos antes que la participación consiste en intervenir, opinar y decidir en cuestiones relacionadas con el grupo al que pertenecemos y que, por lo tanto, nos afectan. Por eso el contenido de la participación está constituido por nuestras propias necesidades, preocupaciones, emociones e ideas.

La participación significa intercambiar, expresar, indagar, difundir, proponer. ¿Qué se intercambia, qué se indaga, qué se expresa? Necesidades, preocupaciones, conocimientos, ideas, emociones.

Para Gaitán la expresión infantil es “la manifestación del ser, pensar y sentir del niño como sujeto en una sociedad, en correspondencia con sus intereses y distintos grados de autenticidad frente a influjos externos” (1998: 97). Menciona que comprenderla es uno de los aspectos más complejos en virtud de que la permean continuamente factores sociales, culturales e históricos.

Afirma que la expresión del niño es auténtica por naturaleza, pero que tiende a serlo cada vez menos por la acción deformante de una educación bajo el control de los adultos y por el influjo de los medios de comunicación, las creencias religiosas y otros aspectos. Este planteamiento nos parece cuestionable en virtud de que no podemos hablar de “la naturaleza” del niño como si éste estuviera aislado de su contexto. Sin embargo, su postura también nos interpela en el sentido de tratar de identificar si la expresión obedece, más a una imposición o apremio de los adultos, que a sus propios sentimientos y pensamientos.³ Sobre todo, nos parece importante el énfasis que hace en detectar si lo que ellos expresan está en correspondencia con los sentimientos, ya sea de dolor, miedo, amor, odio o felicidad, puesto que el ámbito emocional es uno de los más importantes en este periodo del desarrollo y uno de los primeros que se trata de reprimir.

³ Los argumentos que aluden a “la naturaleza” han generado un gran debate, sobre todo en los estudios de género, pero que a nuestro parecer tienen implicaciones importantes con relación a la infancia. Véanse Chodorov, Nancy (1974) y Rosaldo, M. (1980).

Volvemos a insistir en que la expresión verbal es solamente una –y tal vez no la más importante– de las múltiples formas que tienen los niños para manifestar lo que está pasando en su interior. Los actos, las expresiones emocionales –incluyendo “los berrinches”, las actitudes y el silencio– están llenos de sentido y se requiere agudizar la sensibilidad para entender su significado. Especialmente en lo que se refiere a los adolescentes, Gaitán considera que el silencio es una forma de expresión propia de la edad, a la que debemos estar atentos, ya que puede ser causada por incomprensión, temor, amor, desacuerdo, duda, etcétera.

Hay un consenso entre los autores respecto a que el juego proporciona un ambiente ideal para la expresión libre de los niños, ya que un entorno relajado elimina temores o presiones externas. En este sentido, se requiere que los adultos se esfuercen por crear espacios lúdicos en donde los niños tengan la posibilidad de expresarse libremente.

Organización infantil

Los niños tienen la capacidad de organizarse para el juego, a fin de obtener aquello que desean o bien para agredir o defenderse de otros, como observamos infinidad de veces en las escuelas, parques y calles. La discusión sobre las reglas del juego, los roles que cada uno adoptará y los objetivos para los cuales se unen constituyen verdaderos actos de organización. Sin embargo, por lo general las asociaciones que logran los niños de manera natural son efímeras y se disuelven en cuanto se logra el objetivo, cambia el interés de los miembros o el grupo se enfrenta a una situación difícil de manejar.

*El niño crece en un ritual
de obediencia orgánica
y de desobediencia civil.*

ANÓNIMO

Otro aspecto de la organización infantil es el que está vinculado a los esfuerzos de profesionales interesados en la infancia que han promovido formas de asociación para que niños, niñas y adolescentes mejoren su situación de vida, con la intención de propiciar que se involucren de manera directa y activa en los problemas que les conciernen.

Se han generado organizaciones más permanentes que buscan incidir en el cumplimiento de los derechos de la infancia, principalmente en el contexto de los niños trabajadores y en situación de calle en América Latina y en otras partes del mundo.⁴ Muchas de ellas parten de la premisa de que niños y niñas son capaces de imaginar y crear organizaciones que ellos mismos pueden mantener, pero que en sus etapas iniciales requieren del apoyo de los adultos. Por ejemplo, en las organizaciones de Niñas, Niños y Adolescentes Trabajadores (NAT's) se trata de que estén lideradas por los propios niños, de manera que ellos encuentren las estructuras y formas de acción para expresar las demandas y

⁴ Véase la ponencia de M. Liebel, “Transformaciones sociales por las organizaciones de niños trabajadores. Experiencias desde África y América Latina”. Conferencia internacional *Repenser L'enfance*, París, noviembre de 2000.

necesidades que surgen de sus propias experiencias. En América Latina estas organizaciones han enfatizado el derecho que tienen de participar en la sociedad y de no dejar que el cumplimiento de sus derechos esté sujeto a las buenas intenciones de los adultos. La concepción de sí mismos apunta a tomar en sus propias manos la exigibilidad de los derechos que les corresponden.⁵

En este tipo de organizaciones, el desarrollo de la conciencia infantil es fundamental ya que, como lo plantea Liebel: “no son las características en sí las que dan a la organización infantil un perfil específico. Es la conciencia sobre estas características, su valoración como algo importante en la propia vida” (1996: 25). Es decir, más allá de que en una organización todos los niños sean trabajadores, lo importante es que tomen conciencia sobre lo que eso significa para cada uno de ellos.

Se ha observado que en cuanto niños, niñas y adolescentes tienen la experiencia de participar, se muestran cada vez más capaces y deseosos de ser ellos mismos los que encuentren sus propias formas de organización y decisión. Al asumir su responsabilidad en las reuniones se manifiesta un rechazo a los modelos autoritarios y a la cristalización de estructuras jerárquicas. La disciplina no parece ser la base de construcción social para los niños, sino que éstos generan un ambiente de extrema flexibilidad y cambio. Varios adultos comprometidos en favorecer estos espacios, manifiestan la dificultad que implica adaptarse a estos ambientes que desde nuestra perspectiva podrían parecer caóticos. Lo cierto es que los niños establecen la posibilidad de entrelazar constantemente el juego y el trabajo, característica que es difícil de encontrar en las organizaciones de adultos.

Finalmente queremos mencionar diversos retos que enfrentan las organizaciones integradas por niños. Por un lado está la falta de reconocimiento o los prejuicios sociales que impiden contemplarlos como actores. Cusiánovich (1996) menciona los prejuicios de orden sociocultural, aquellos que consideran al niño como objeto de protección, disminuido y objeto de cuidado, y los de orden ideológico y político que sí pueden reconocer la legitimidad de la organización infantil que se da en el campo del deporte, de la recreación, pero que subvaloran el potencial de transformación social del niño.

Por otra parte, para la continuidad de las organizaciones existe la dificultad que implica el desarrollo acelerado de los niños. En un plazo tan corto de cuatro o seis años los niños que han jugado un papel importante se vuelven jóvenes y deben dejar su lugar a otros que retomen el liderazgo. Si se quiere evitar la desaparición del grupo es imprescindible incluir y capacitar a nuevos miembros, de manera que pueda haber una renovación constante. Esto plantea también el problema de conservar la memoria histórica de la organización. El camino que se ha seguido con niños trabajadores (MANTHOC) en el Perú es considerar el acompañamiento de jóvenes y adultos que recogen la memoria de la organización y desempeñan un rol importante como orientadores, respetando la autonomía y la autogestión de los niños.

⁵ Consúltense la Declaración del V Encuentro de NAT's de América Latina y el Caribe (1997).

Las organizaciones de niños constituyen un factor relevante para transformar la posición y el rol que tienen en la sociedad y para contribuir a la solución de sus problemas, por lo que otro reto esencial es lograr el reconocimiento y la interlocución con las instituciones gubernamentales y las autoridades locales, ya sea de manera independiente, o bien mediante la articulación con otras organizaciones populares que tienen propósitos comunes en sus demandas hacia el cambio social.

Movimientos infantiles

*Al fin y al cabo,
somos lo que hacemos
para cambiar lo que somos.*

EDUARDO GALEANO

Se habla de movimientos infantiles cuando la organización tiene definidas metas de tipo social, por lo que se crea una presencia y un impacto en ese ámbito, que con frecuencia cuestiona el orden establecido, como lo ha sido el caso de las organizaciones de niñas, niños y adolescentes trabajadores. Tal vez por eso la aparición de movimientos infantiles en Latinoamérica y en otras partes del mundo se puede entender principalmente como una lucha por la reivindicación de los derechos de millones de niños imposibilitados de asistir a la escuela por la necesidad de trabajar y ayudar a sus familias. En el contexto de pobreza, exclusión y conflicto que muchos países viven actualmente, es cada vez más evidente la participación de niños que trabajan, que son jefes de hogares enteramente responsables del cuidado y manutención de los hermanos más pequeños, o bien que son elementos clave para la sobrevivencia de sus familias. Las condiciones adversas que enfrentan los han obligado a establecer redes y alianzas con otros sectores, que han sido apoyadas por grupos de adultos interesados en mejorar sus condiciones.

Este tipo de organización se caracteriza por una conciencia de solidaridad de grupo que se construye con base en la semejanza de la situación y los problemas que viven. En este sentido, como lo plantea Toro (1994: 4), la movilización se hace convocando voluntades que comparten interpretaciones y significados de manera que se pueda decidir y actuar en busca de un objetivo común.

Esos significados compartidos se establecen de acuerdo a las características comunes de los miembros del grupo, por lo que la identificación que los niños tienen entre sí no está limitada por fronteras geográficas y se amplía considerablemente el sentido de la participación. Como dice Liebel al referirse a los movimientos sociales de los niños trabajadores, el hecho de “entender el trabajo como hilo conductor de su vida, de sus preocupaciones y esperanzas, tiene otras dimensiones que solamente identificarse con su barrio” (1996: 25). Él piensa que “los movimientos se encuentran en ‘estado fluido’ y de ninguna manera se pueden considerar organizaciones ‘establecidas’ con estructuras y formas de organización rígidas” (1994: 148). Sus características principales son la búsqueda, la experimentación y el aprendizaje, la oposición a estilos autoritarios y la crítica abierta cuando hay desacuerdos. La

atmósfera de comunicación que prevalece es muy diferente a la que se da en los actos donde los adultos toman la dirección. Parece una comunidad experimental en la que se dan discusiones profundas y de solidaridad junto con juegos y diversiones.⁶

Si bien los adultos han tenido un papel clave, es necesario enfatizar que la intención de los movimientos infantiles es que haya una organización **de los niños**, y no solamente una organización de los adultos a favor de los niños. El reconocimiento de los niños y niñas como dignos interlocutores, como un "otro" igual a nosotros con quien podemos discutir y dirimir nuestras diferencias, implica un serio trabajo de transformación en las relaciones adulto-niño que es mucho más difícil de lo que aparenta.

Los encuentros y redes de niños trabajadores y de la calle, que se han formado en Nicaragua, Perú, Brasil, Colombia y Guatemala son una muestra de los espacios de los que se están apropiando estos movimientos. Desde 1988 se ha llevado a cabo una serie de actividades internacionales en las que niños y niñas han podido expresarse libre y directamente acerca de las circunstancias en que viven. Representantes de niños trabajadores de América Latina y el Caribe han realizado seis encuentros latinoamericanos a partir de 1990 y en África se han dado también diversas reuniones desde 1994. En el año de 1996 se dio el primer encuentro mundial de niños y adolescentes trabajadores en donde participaron delegados de África, América Latina y Asia, y posteriormente se han hecho otras reuniones a nivel mundial en 1997, 1998 y 2000, así como una marcha global contra el trabajo infantil en 1998.

Aún cuando ya se han dado relaciones entre diferentes movimientos, la comunicación entre ellos plantea serias dificultades en virtud de que carecen de los recursos económicos y la tecnología necesaria para establecer contactos o reunirse entre sí. Liebel (2000) plantea que las redes de comunicación y actividades conjuntas que se logran realizar con niños de otros países dependen del apoyo de los adultos y por tanto corren el riesgo de perder la autonomía que tenían en su localidad.

Formas de participación juvenil

En la vida cotidiana la expresión juvenil se manifiesta a través de comportamientos, actitudes, formas de vestir y de hablar. A esto tendríamos que agregar sus maneras de aproximarse y de crear arte y cultura: música, artes visuales y escénicas, entre otras.

Otra expresión que atraviesa los ámbitos juveniles es la violencia que, para Konterllnik (1998), constituye una de las maneras en que los jóvenes responden a las reglas que impusieron otros, manifestando su sensación de exclusión y de no ser considerados como sujetos de derechos. Para Katz

⁶ Para una revisión más amplia acerca de los movimientos sociales de los niños trabajadores, véase Manfred Liebel (1994), *protagonismo infantil. Movimiento de niños trabajadores en América Latina*, Nueva Nicaragua.

*Pero otra vez la calle nos salvaba.
Al inicio de la noche veíamos en-
cenderse los anuncios luminosos
que parecían llamarnos desde las
avenidas, las callecitas, los restau-
rantes, los quicios donde había
hombres y mujeres que más tarde
iban a aparecer en nuestro juego
predilecto: aquél en el que preten-
díamos ser adultos.*

CRISTINA PACHECO

y Barreno, la violencia se debe más a que los jóvenes trasladan hacia sus pares las agresiones que sufren desde el mundo adulto y establecen así una serie de luchas y grupos de competencia como pandillas y bandas. Con frecuencia los adultos nos enfrentamos a una enorme dificultad para entender lo que los adolescentes quieren decir a través de estas manifestaciones, por lo que resultan ser un verdadero reto a nuestra capacidad de escucha.

Muchos autores han observado cómo se forman y actúan los grupos juveniles de asociación espontánea, principalmente las bandas urbanas, reconociéndoles un carácter de organización que tiene dinámicas propias. Los investigadores reconocen que hace falta ampliar el estudio

sobre grupos de otros niveles socioeconómicos, los que se forman fuera de las ciudades, así como la participación de las mujeres. Urteaga (1996) propone un acercamiento interesante a esta forma de participación cuando afirma que éstos y otros ámbitos de organización juvenil pueden considerarse “comunidades emocionales”, en el sentido de que parecen satisfacer las necesidades relacionadas con la subjetividad, la identidad personal y colectiva y los aspectos emocionales en general.

Becerra la apoya al decir que “en el caso de los jóvenes, como casi en ningún otro segmento de la sociedad, los componentes emotivos, la adquisición de un punto de referencia que se hace propio, así sea fugazmente, y el sentido de socialización en sí mismos, bastan para explicar la decisión de involucrarse en una coyuntura política o en una forma de acción política y social; ello independientemente de la función y de las consecuencias reales de sus apuestas, creencias y movimientos” (1996: 146). Evidentemente no podemos explicar las organizaciones y movimientos juveniles exclusivamente desde sus necesidades emocionales, pero tampoco se puede dejar de considerar este elemento como uno de los más importantes para la movilización de este sector de la población.

La participación juvenil es un proceso en constante movimiento donde se manifiesta la diversidad de grupos. “Los grupos, organizaciones y redes nacen y mueren, renacen con nuevos nombres y propuestas, y en ese continuo recrearse parecen ir construyéndose los jóvenes como actor social” (Serna, 1998: 47). Ninguna movilización puede hablar en nombre de todos los jóvenes. De hecho, según Becerra (1996), algunas investigaciones que se refieren a la cultura y preferencias políticas de la juventud, la presentan mucho más plural y diversa que en las anteriores generaciones.

Leslie Serna (1998: 43 y ss.) nos ayuda a entender los movimientos juveniles actuales, señalando algunos de los elementos novedosos en comparación con las décadas pasadas y sistematizando el tipo de participación que caracteriza a ambos momentos:

- 1) Las causas de la movilización no son ya exclusivamente demandas estudiantiles para mejorar la educación o democratizar el gobierno, sino que incluyen temas como la protección del ambiente, los derechos sexuales y reproductivos, la promoción y defensa de los derechos humanos y el apoyo a la causa indígena, principalmente.
- 2) Se da prioridad a la acción inmediata y se intenta transformar lo local para influir en el ámbito global. "Se considera que la construcción de un nuevo tipo de sociedad con ordenamientos éticos, empieza en el aquí y ahora, salvando la vida de las ballenas y de los bosques, liberando presos indígenas, ayudando a morir en paz a los enfermos de Sida, etcétera."
- 3) El individuo se distingue dentro del grupo o movimiento, no es un militante más dentro de la masa. "Por ello, la participación juvenil se expresa hoy día en pequeños colectivos y grupos y, muy claramente en acciones diversas en las que participan de manera individual."
- 4) Los procesos de coordinación dejan de ser verticales para dar lugar a estructuras más horizontales y poco institucionalizadas, lo que posibilita el crecimiento de la formación de redes.

Por otro lado, y como veremos más ampliamente en el próximo capítulo, existe una dinámica social de exclusión hacia los jóvenes, por la incapacidad de las instituciones de cumplir con su función socializadora. Sin embargo, estamos "ante la primera generación que vive la normalidad democrática como un hecho familiar y los efectos de esa experiencia natural en el cambio político" (Becerra, 1996). Esta nueva situación nacional seguramente ofrecerá a la juventud nuevas opciones de participación partidaria, democrática y ciudadana, por lo que todo trabajo en el ámbito del fomento a la participación tendría que tomar en cuenta este panorama.

*Cuadro comparativo de las características
de la participación juvenil según los paradigmas en vigencia**

VIEJO PARADIGMA	NUEVO PARADIGMA
ACTORES	
Identities colectivas en función de códigos socioeconómicos o ideológico-políticos: estudiantes, jóvenes, urbano populares, jóvenes socialistas, etcétera.	Identities construidas en relación con espacios de acción y mundos de vida: sexo, preferencia sexual, sobrevivencia de la humanidad en general: ecologistas, feministas, zapatistas.
CONTENIDOS	
Mejora de condiciones sociales y económicas en los diversos ámbitos: escuela, barrio, centro de trabajo.	Democracia, medio ambiente, derechos sexuales, equidad de géneros, derechos humanos, derechos indígenas, paz.
VALORES	
Centralización, centralismo y mesianismo derivados de una perspectiva de cambio revolucionario. El cambio social debe modificar la estructura para que los individuos cambien.	Autonomía e identidad: descentralización, autogobierno en oposición a la burocratización y regulación. El cambio social implica al individuo; es necesario cambiar aquí y ahora las actitudes individuales.
MODOS DE ACTUAR	
Participación altamente institucionalizada. Priorización de la protesta masiva. Organización piramidal, énfasis en la centralización y centralismo.	Formas poco o nada institucionalizadas. Reivindicación de la participación individual. Organización horizontal e impulso de redes vinculantes y flexibles.

FUENTE: Serna, 1998, p. 51.

* El que ciertas características se ubiquen en uno u otro lado del esquema no quiere decir que sean excluyentes o exclusivas de uno u otro paradigma. Lo que se pretende subrayar es el énfasis notoriamente distinto que se da a cada aspecto en los distintos momentos.

Ámbitos de participación

El niño no vive en un mundo de grandes y de chicos, sino de seres humanos, muy secundariamente diferenciados por su tamaño. No vive en un mundo de grandes y pequeñas cosas. No se entretiene, no trabaja; juega.

ROGER RENAUD

Otro aspecto que se ha planteado en cuanto a la participación infantil se refiere a las esferas o ámbitos en los que se puede involucrar a la niñez. Lansdown (2001) menciona que a raíz de las experiencias que se han llevado a cabo desde la Convención, se ha visto que la participación de la infancia en la esfera pública, aunque incipiente y limitada, ha sido muy fructífera en los siguientes campos:

- El monitoreo y la toma de decisiones respecto a su salud
- La administración de sus propias instituciones (como la escuela)
- La investigación
- La evaluación de servicios que se les proporcionan
- La representación de sus pares
- El diseño, operación y evaluación de proyectos
- El análisis del desarrollo de políticas
- La participación en conferencias
- La reivindicación de sus derechos

El autor propone tres categorías en las que se pueden agrupar estas formas de involucrar a los niños:

Procesos de consulta. Se refieren al hecho de que los adultos se preocupan por obtener información de los niños para poder mejorar los servicios, las políticas o las leyes. En esta categoría la relación entre niños y adultos no se modifica, pero por lo menos se reconoce y valora la experiencia infantil.

Iniciativas de participación. En éstas el objetivo es fortalecer procesos democráticos que permitan a los niños participar en los proyectos. La relación implica una colaboración de los niños, usualmente contempla una estructura organizativa en la que ellos pueden participar activamente una vez que el proyecto se ha puesto en marcha, así como la posibilidad de objetar o influir sobre los resultados.

Procesos de auto-reivindicación (*self advocacy*). En esta categoría, Lansdown incluye aquellos proyectos en los que se busca dar poder a los niños para que actúen en los asuntos que a ellos les interesan. Lo que caracteriza estos procesos es que son los propios niños los que identifican los asuntos

de interés, desarrollan las estrategias para perseguir los cambios que desean y controlan el proceso. Los adultos juegan un papel de apoyo como facilitadores, consejeros, recaudadores de fondos, etcétera.

Como puede observarse, la propuesta de Lansdown nos muestra una mirada distinta de las formas de participación, ya que su atención está puesta en la manera en que los adultos involucran a los niños y se relacionan con ellos. Otro tipo de mirada nos la ofrecen aquellos autores como Hart y Gaitán que se han interesado en establecer niveles que permitan medir la participación que pueden tener los niños.

Modelos para evaluar el nivel de participación infantil

Modelo de la escalera de Hart

Las verdaderas lecciones no se transmiten mediante máximas sentenciosas que no vale la pena ni pronunciar. Se enseñan en la verdad cotidiana de los intercambios humanos y de las relaciones con los objetos.

ROGER RENAUD

Un modelo que se ha vuelto clásico en la discusión del tema que nos ocupa es el que ha propuesto Roger Hart (1993), quien retoma la metáfora de la escalera planteada por Arnstein (1969). Hart la utiliza para tipificar el nivel de participación de niños y niñas, en un continuo que tiene ocho niveles. Hemos encontrado que esta propuesta ha servido más para que los promotores cuestionen y evalúen su actitud hacia los niños que para medir propiamente la manera en que éstos participan.

El nivel más bajo es el de *manipulación y/o engaño*. Se denomina manipulación a las situaciones en las que los adultos utilizan la voz de los niños para que comuniquen sus mensajes y engaño a aquellas en las que, aún con buenas intenciones, niegan el haber participado en algún proyecto para que se piense que fue desarrollado completamente por niños, ya que sienten que el impacto puede disminuir si se informa que los adultos también participaron.



Se llama *decoración* al hecho de que los niños sean involucrados para promover una causa sin que tengan mucha noción de ella y no estén incluidos en la organización del evento. Los adultos no pretenden que la causa sea inspiración de los niños, sólo los usan para difundir el mensaje como si fueran un participante más.

¿A eso le llamamos participación? ¿A que yo te invite a participar a mi manera?

La *participación simbólica* se da cuando los adultos que intentan fomentar la participación de los niños hacen proyectos en los que parece que los niños tienen su propia voz, pero en realidad no se les dan opciones respecto al tema, a la manera de comunicarlo o bien para que expresen sus opiniones. Esto sucede con frecuencia en actos públicos, cuando se presenta algún niño para leer un discurso o discutir sobre algún tema en representación de otros niños, pero que en realidad fue elegido por un adulto. Al público del foro, conferencia o mesa redonda se le atrapa con la presencia simbólica del niño. El autor menciona que ésta es una de las formas más extendidas de involucrar a la niñez y advierte sobre el peligro de que los niños aprendan que la democracia en realidad es un simulacro.

Con muy buenas intenciones, pero a veces los adultos primero escribimos un texto y después decidimos que tiene que haber un niño para que lo lea. Entonces el niño está diciendo un discurso que le es ajeno, con palabras que ni entiende.

Estos tres primeros escalones: *manipulación, decoración y participación simbólica* se refieren a la movilización que hacen los adultos con los niños para sus fines, sin que en realidad se les informe ni consulte sobre el proceso, o sin que se les dé el tiempo necesario para formarse un criterio propio sobre la situación, por lo que el autor los evalúa como una no-participación. Los siguientes cinco indican ya una participación más real porque se considera a niños y niñas como socios y compañeros a los que es necesario consultar antes de actuar en su nombre.

Es importante ser coherentes con nuestro discurso: si yo estoy diciendo que vamos a realizar una actividad de participación, que sea de verdad de participación, y no que se les indique: ahora aplaudan, ahora párense, ahora siéntense.

Asignados pero informados tiene que ver con la movilización social. No es fácil distinguir si un proyecto en donde las personas se movilizan con algún fin es una actividad verdaderamente voluntaria o si hay una presión o manipulación atrás. Sin embargo, cuando los niños tienen información suficiente sobre lo que harán, este nivel puede ser efectivo como un primer paso para comenzar a involucrarlos en experiencias de participación más genuinas.

Consultados e informados se refiere a las ocasiones en que el proyecto está dirigido por adultos pero a los niños sí se les informa sobre los propósitos y el proceso, se les pide su opinión y se les escucha con seriedad.

En los casos en los que el proyecto va dirigido a la población en general y no a un grupo específico de edad, y se da un trabajo concreto para involucrar a los niños, estamos hablando del escalón de *iniciado por adultos, compartido con los niños*. En este nivel se da un cambio muy importante porque ya se considera involucrar a los niños en el proceso completo y se plantea compartir con ellos las decisiones de tipo técnico. Aquí es necesario evitar la tendencia a presuponer lo que los niños opinan o quieren hacer.

Los proyectos *iniciados y dirigidos* por los niños son los más difíciles de encontrar. El ámbito más frecuente es el del juego, actividad fundamental para desarrollar cualidades en las que la participación está implícita. Hart menciona que actualmente los adultos intentan controlar y dirigir cada vez más los juegos de los niños y propone que la tarea que les corresponde es, por un lado, la creación de espacios de juego atractivos para las diferentes edades y, por el otro, observar las iniciativas de los niños y reconocerlas, permitiendo que las desarrollen, sin tratar de controlarlas. En algunos casos, los niños elaborarán e impulsarán proyectos propios de manera secreta o bien no los llevarán a la práctica por el temor de que los adultos no entiendan su deseo.

Creo que puedo ubicar bastante claramente que los niños de las comunidades no urbanas tienen una vida que es más de ellos, propia de su comunidad, que en ella tienen más espacios para compartir actividades y juegos. En ese ámbito es más natural que se vayan organizando otras cosas alrededor de su estar ahí. En la realidad urbana eso es más complejo porque habría que empezar por buscar los grupos. Solamente en una situación infantil ya dada empezaría a tener sentido, si no, es otra vez el adulto el que le hace espacio al niño y él puede responder y decir sus demandas y entrarle, pero ¿es eso participación? Hay que rescatar los lugares de reunión de los niños, donde juegan, platican, deciden sus cosas. Lo otro también es válido, sólo que, como es algo que hacemos los adultos, no puede llamarse verdaderamente participación.

Iniciados por niños, decisiones compartidas con adultos es el último peldaño, porque para el autor es un nivel más avanzado el hecho de que ellos elijan colaborar con los adultos, pues eso significa que tienen confianza en su rol como miembros de la sociedad y reconocen el valor que puede tener la colaboración. Menciona que es muy importante tener cuidado de que los niños no sientan que tienen que aceptar forzosamente lo que diga el adulto que les ofrece ayuda.

No se trata de aprender solamente a participar dentro de tu grupo de iguales, esa es una cosa y tiene muchas dificultades, pero la otra es promover que aprendas a participar en el ámbito de diversidad que es el país en el que estás, diversidad que te implica problemas diferentes y en principio mucha tolerancia.

Un aspecto que queremos enfatizar aquí es que la participación **es un derecho, no un deber**, por lo que son los niños los que deben decidir hasta dónde se quieren involucrar en un proceso. En este sentido Hart aclara que “no es necesario que los niños siempre operen en los más altos peldaños posibles de la escalera de participación, por lo que los promotores deben respetar un principio muy importante, que es la *posibilidad de elección*. Un programa puede ser diseñado para llevar al máximo la oportunidad de cualquier niño de escoger participar al nivel más alto de su habilidad. Asimismo, los niños pueden no desear participar al máximo grado de sus habilidades en todos los proyectos” (1997: 42).

Al evaluar con este modelo las formas de participación infantil y adolescente podemos decir que actualmente éstas se manifiestan por lo general en los primeros niveles, ya que a pesar de que ciertamente se pueden encontrar cada vez más ejemplos de grupos de niños, niñas y adolescentes que inician y dirigen sus propios movimientos, es todavía un proceso germinal que se halla en sus primeras etapas.

Al presentar este modelo con la imagen de una escalera, puede crearse la ilusión de que se trata de etapas progresivas que los niños van alcanzando. Esto no necesariamente se apega a lo que en realidad sucede, ya que sus formas de participación pueden mezclar ciertos niveles o bien pasar de uno superior a uno inferior, de acuerdo a las circunstancias o situaciones que enfrentan.

Este modelo tiene una gran utilidad para medir las actitudes que los adultos adoptan hacia los niños y las formas en que promueven la participación.

El modelo propuesto por Ángel Gaitán

Otro modelo que propone criterios de medición para que los promotores puedan evaluar los avances en la participación de los niños es el que ha desarrollado Ángel Gaitán (1998) a raíz de su trabajo en Guatemala. El motivo que parece llevarlo a establecer indicadores de avance es poder unificar la visión y los parámetros de los programas que se realizan, por lo que establece niveles muy detallados e incluso cuantificables en porcentajes.

En virtud de que su trabajo apunta más directamente a la organización de grupos que incluyen no solamente a los niños, sino también a jóvenes y adultos, hay que entender las subdivisiones que hace de la expresión, la organización y la participación infantil bajo este parámetro.⁷

En lo que atañe a la **participación infantil**, Gaitán propone tres indicadores básicos para evaluarla, refiriéndose a ellos como el nivel de conciencia, la capacidad de decisión y la capacidad de *acción* (subdivide a su vez cada uno de éstos en cuatro niveles):

⁷ La propuesta es muy compleja y en ocasiones se traslapan los indicadores. Su descripción completa se encuentra en Gaitán, A., “Protagonismo infantil”, en *La participación de niños y adolescentes en el contexto de la Convención sobre los Derechos del Niño: visiones y perspectivas*, UNICEF, Actas del seminario, Bogotá, 7 y 8 de diciembre de 1998

1. *Conciencia.* Se refiere a la capacidad de niñas, niños y adolescentes para entender el derecho de participación y su habilidad para manejar este entendimiento en las circunstancias que viven.
 - Ninguna conciencia (participan obligados o por conveniencia).
 - Conciencia intuitiva (reconocen su derecho y lo incluyen en una visión que va más allá de lo local).
 - Conciencia básica (comprenden la relación entre los conocimientos y la práctica de manera crítica y analítica).
 - Conciencia profunda (se da una comprensión más amplia, la capacidad de proponer y de integrarse al proyecto de la comunidad).

2. *Decisión.* Es la posibilidad de alternativas que indican una proporción del poder que tienen los niños.
 - Ninguna opción (las decisiones las toman los adultos).
 - Opción única (los niños deciden si están de acuerdo o no a lo que proponen los adultos).
 - Opción relativa (se les presentan variantes de una decisión tomada previamente).
 - Opciones múltiples (realmente es posible optar por varias posibilidades).

3. *Acción.* Se refiere al conjunto de actividades y proyectos que han sido impulsados.
 - Acción impuesta (hacen lo que los adultos dicen).
 - Acción conducida (tienen capacidad ejecutiva pero requieren apoyo de los adultos como sugerencias, explicaciones o argumentos).
 - Acción negociada (alta capacidad ejecutiva para negociar acciones con otros sectores).
 - Acción de vanguardia (introducen elementos innovadores).

Plantea que la *expresión infantil* idealmente debe incorporar la identidad étnica, la sensibilidad artística, creadora y los valores culturales del grupo. Propone seis indicadores para medir el avance:

1. Sustitución (opiniones ausentes, los contenidos los elaboran los adultos).
2. Reproducción (los adultos les dan contenidos y los capacitan en técnicas de pintura y/o actuación para que los aprendan).
3. Interpretación (los adultos interpretan las necesidades de los niños y preparan obras teatrales, poemas, sugieren opiniones para que los niños las hagan suyas).
4. Adecuación (los niños analizan, opinan y profundizan las propuestas de los adultos, adecuando aspectos de sus experiencias y utilizando recursos creativos propios).

5. Expresión (ellos seleccionan, definen y diseñan las formas de manifestar sus pensamientos y sentimientos).
6. Proyección (expresan contenidos que vienen del conocimiento profundo de su propia realidad, emiten juicios con un sello propio que los identifica y los diferencia de otros sectores).

Por último, en cuanto a la **organización infantil**, propone que ésta es la que permite que se sostenga la posibilidad de que los niños sean verdaderamente protagonistas y menciona cinco niveles de la misma:

1. No existe organización representativa.
2. Los niños identifican las ventajas de organizarse.
3. Se inicia la formación de grupos representativos.
4. Existen grupos representativos, con planes definidos y coordinaciones esporádicas con otros grupos.
5. Se da una organización representativa a nivel municipal que se coordina con otros sectores para acciones de beneficio colectivo.

El autor, al igual que Hart, afirma que en la realidad estos niveles no se presentan necesariamente de manera progresiva, sino que puede haber saltos hacia grados de mayor o menor avance.

Los dos modelos presentados coinciden en la importancia de la conciencia o el grado de apropiación que los niños tienen en el proyecto en que participan. Los estudios psicológicos por su parte han demostrado que estos factores son cruciales para permitir un mayor desarrollo cognoscitivo y afectivo (Bruner, 1990). Cuando la interacción entre niños y adultos no está signada por el control de estos últimos, la participación de los primeros es mucho más activa, creativa y estimulante para ellos.

También los dos autores señalan, como un indicador de avance, la posibilidad de colaboración, aunque Gaitán se refiere a un nivel mucho más avanzado al plantear la colaboración de organizaciones de niños con otros sectores. Hay que mencionar que el trabajo de Gaitán se da dentro del enfoque de educación popular con grupos de niños que enfrentan situaciones más complejas de marginación que las reportadas por Hart.

Una preocupación que surge al analizar la propuesta de Gaitán es el uso que puede darse a las cuantificaciones tan detalladas para medir el nivel de participación de la niñez. El autor muestra un interés muy claro por unificar tanto la visión como los criterios de evaluación de organizaciones infantiles promovidas por los adultos, y menciona que deben existir indicadores que permitan reducir los riesgos de subjetividad al evaluar un proceso.

La aportación que hace es una observación muy fina de las diversas maneras y momentos en que los niños intervienen. Sin embargo, hay que preguntarse en qué medida el afán de medición puede

convertirse en un obstáculo para la actitud de apertura y escucha a las formas de expresión que no necesariamente entran dentro de las categorías que los adultos construimos. Es necesario trascender las expectativas de que los niños participen tomando como modelo las formas de organización adultas, ya que con ellas se corre el peligro de tener patrones de evaluación estandarizados que sólo dan la ilusión de tener un control de la situación, pero que clausura las posibilidades creativas.

Hay diferentes niveles de participación que requieren de distintos enfoques. Cuando la iniciativa para que se involucren viene de nosotros, es un poco más fácil porque es algo que ya tenemos medido y calculado, pero en otros casos hay que correr el riesgo. Necesitamos estar abiertos hacia ellos y observar que sucede.

Por otro lado, el debate sobre la objetividad en las ciencias sociales ha llevado a reconocer que lo que caracteriza a la relación humana es precisamente la intersubjetividad y que es en ella donde reside la mayor posibilidad de transformación.

A veces a nosotros los adultos nos asusta un poco porque ellos nos rebasan, son mucho más locos y más locas en sus imaginaciones; por eso tendemos a controlar.

Preferimos pensar como Roger Hart (1997: 45) cuando afirma que son los animadores, los promotores y los facilitadores aquellos que dan vida al potencial de la gente joven, pero que aún cuando su habilidad esencial sea la de iniciar, lo que se requiere principalmente es agudizar la capacidad de escucha y observación, para saber la mejor manera de responder y apoyarlos.

El concepto de participación guiada

Es a pesar de la autoridad del adulto, y no debido a ella, por lo que el niño aprende. Ello depende también del grado en que el adulto inteligente sea capaz de pasar inadvertido para llegar a ser un igual y no un superior.

JEAN PIAGET

El vínculo tan estrecho que se da entre adultos y niños durante el proceso de desarrollo de estos últimos nos da pie para presentar un enfoque psicológico que aborda la participación infantil observada en contextos naturales y que ha sido trabajado desde una orientación socio-cultural.

Barbara Rogoff (1993: 31) utiliza el concepto de participación guiada para referirse a la construcción de puentes que se establecen naturalmente en las actividades cotidianas para que un niño avance de un nivel de comprensión y destreza a otro más avanzado. Este procedimiento de

colaboración es utilizado en todas las culturas por los padres y las personas responsables de la niñez, cuando se les asignan ciertas actividades, como por ejemplo ir a sembrar con los adultos, cuidar a los hermanos, permitir que jueguen con los compañeros del barrio, etcétera. En estos escenarios se toman en cuenta las capacidades que va mostrando cada niño para permitirles cambios en la responsabilidad que van asumiendo. En este sentido se concibe a los adultos y a otros niños y niñas más avanzados como recursos sociales, que pueden dar apoyo y presentar nuevos elementos para facilitar el desarrollo infantil.⁸

En términos de la participación existen ciertos aspectos relacionados con este enfoque que pueden ser una aportación importante: uno de ellos es partir de que los niños desde muy temprana edad son capaces de elegir lo que les gusta hacer y de guiar a los adultos en las formas de organización cotidiana de las actividades. Como señalamos anteriormente, los estudios psicológicos han demostrado que mucho antes de cumplir un año los niños muestran claramente lo que desean y se resisten a lo que no les gusta. Ellos participan activamente para definir la situación que están viviendo e intentan influir en los adultos para lograr lo que les interesa.

Rogoff menciona, entre muchos otros, el caso de un niño de nueve meses que empujaba una caja (con un muñeco dentro) por el suelo hacia el adulto, golpeándola para llamar la atención. Al preguntarle el adulto ¿qué, hacemos que salga Jack? intentando que el bebé por sí solo girara la manivela, éste respondía con una serie de movimientos frustrados, gimoteando (pues esa destreza es una acción difícil para esa edad) y expresando que quería la caja abierta. Cuando el adulto por fin lo hizo, el niño se relajó y suspiró con alivio.

Lo anterior ejemplifica **que los niños informan de manera natural sobre el nivel apropiado de participación que pueden tener y también la ayuda que requieren para hacerlo**. Ellos van asumiendo progresivamente una mayor responsabilidad en los distintos escenarios para definir las situaciones que viven. En este proceso de participación guiada los papeles que tienen el niño y su cuidador están de tal forma entrelazados que las interacciones rutinarias entre ellos y las formas en que organizan su actividad proporcionan al niño oportunidades de aprendizaje, ya que se orientan a tender puentes desde lo conocido a lo nuevo.

Como parte de este proceso se da una comprensión mutua gracias a lo que se ha llamado intersubjetividad, porque es algo que se da entre ambos y no se puede atribuir sólo a uno u a otro. Ésta se entiende como un proceso que implica un intercambio cognitivo, social y emocional en ambos sentidos. Se refiere a que tanto los adultos como los niños pueden compartir la comprensión de la realidad si tienden puentes entre sus interpretaciones, sobre la base de un centro de atención común.

La autora toma en cuenta la diversidad cultural que existe, tanto en lo que cada comunidad considera como metas de desarrollo, como en los medios por los que la niñez adquiere los

⁸ Para una revisión más extensa del contexto de discusión en que surge este concepto, consúltese Rogoff (1993), Vigotsky (1978) y Wertsch (1988).

conocimientos a través de adultos o compañeros que le sirven de guía. Para ella es importante observar las explicaciones que se les dan, las discusiones, las formas de participación conjunta, el tipo de observación activa que ellos hacen y también los papeles sociales que se les asignan.

El otro aspecto que aporta este enfoque es destacar la relevancia que tiene la relación entre pares, ya que la interacción entre iguales y el contacto niño-niño han demostrado ser estrategias que posibilitan un nivel de comprensión que es muy difícil de alcanzar a través de intentos individuales o formas no cooperativas. Piaget (1977) ha postulado que la re-estructuración cognitiva que los niños son capaces de hacer cuando discuten problemas de igual a igual es mucho más fácil que cuando discuten con los adultos. Para él la interacción con los mayores es esencialmente asimétrica, por el poder que los adultos generalmente muestran, lo que dificulta que los niños construyan por sí mismos nuevas formas de pensar. Vigotsky (1978) por su parte plantea que las mejores relaciones para estimular el desarrollo no son las que se dan entre iguales, sino entre niños con distintas destrezas y capacidades. Mugny y Doise (1983) coinciden con esta postura, ya que encontraron que la construcción social del conocimiento se potencia cuando interactúan niños que tienen diferentes niveles en conocimientos y habilidades.

Lo excepcional de la interacción entre iguales es la posibilidad de inventar y transformar las reglas, así como el poder cambiar las metas del juego, que se da gracias a la ausencia del control de los adultos. Es esta libertad la que permite que surjan formas creativas para solucionar los problemas que enfrentan.

No vamos a participar para cambiar mágicamente la sociedad o la escuela mañana; nos estamos preparando para algo que incluso nosotros no imaginamos.

La participación como un proceso educativo

*Felizmente, no existe el
derecho a la resignación.*

JAIME JESÚS PÉREZ

Debemos precisar entonces que el trabajo de fomento de la participación implica ante todo un compromiso con los niños y jóvenes, al considerar que se pueden crear espacios que permitan un mejor desarrollo de sus capacidades en ambientes que respeten su dignidad como personas. Como lo plantea Linares: “la promoción de la participación no es un fin en sí mismo, sino un elemento del proceso amplio de socialización, pero no de cualquier tipo de socialización, sino de una socialización consciente y propositiva” (2000: 15).

Este proceso educativo implica el fomento de actitudes y valores y la adquisición de habilidades y destrezas. Implica, además, propiciar el desarrollo cognoscitivo de los niños y jóvenes de manera que los lleve a integrar esquemas de pensamiento cada vez más complejos, a la consolidación de actitudes de apertura y diálogo que les permitan tener comportamientos más integrales.

Que los chicos se involucren en el proceso de acuerdo a su edad, sus necesidades, intereses e inquietudes, que adquieran las herramientas o características para ello, que éstas les sirvan para participar en momentos importantes de su vida. No participar solamente porque soy joven o niño, sino también para adoptar una actitud ante el mundo.

Sin embargo, la acción pedagógica no sólo va de los adultos hacia los niños. Los adultos también enfrentamos el enorme reto de abrirnos a la posibilidad de que sean ellos los que nos enseñen a desaprender las actitudes autoritarias para que así podamos generar espacios en los que se propicie que tanto niños como adultos puedan expresar sus opiniones, argumentar sus puntos de vista, escuchar la opinión del otro, tomarla en cuenta, buscar acuerdos y asumir compromisos.

Ahora bien, si lo vemos desde una perspectiva social, decimos que la participación es una contribución a la transformación, en virtud de que es un derecho habilitante para el ejercicio y la exigibilidad de los otros derechos. Es una manera directa de incidir en la realidad y de contribuir al cambio social desde lo cotidiano y desde nuestro grupo de referencia.

Veo a la participación como un medio para algo más amplio, llámese educación, llámese toma de poder. La participación no es un fin en sí, sino un instrumento, una estrategia, una forma de actuar que es parte de un proceso que tiene que ver con la conformación de la sociedad. Por eso no se da de un día para otro, sino que es todo un camino a recorrer.

Esta idea de la participación como un medio y no como un fin se maneja de manera común entre los diferentes autores que se dedican al tema. Como lo dice Roger Hart, la participación “es el medio para construir la democracia y es una norma que permite medir su fortaleza” (CCI, 2000: 5).

Siguiendo esta línea de pensamiento, promover la participación no debe entenderse como un acto aislado, sino como un proceso que se ubica en un horizonte más vasto, que trasciende los esfuerzos locales y que –estemos conscientes o no– se inserta en un movimiento naciente que se está dando a nivel mundial.

Ahora bien, una característica común en los procesos participativos es la diversidad de las formas de expresión, puntos de vista, pensamientos y contextos de los actores sociales. En Latinoamérica se ha potenciado la participación principalmente en el contexto de niños trabajadores y en situación de calle, así como de niños de zonas urbanas. Las niñas tienen una representación muy pobre y los niños de zonas rurales prácticamente no han sido invitados a participar. Un territorio muy poco explorado es el que se refiere a las formas particulares de participación que tienen los niños de comunidades de tradición indígena.

Por ello es necesario formular muchas preguntas respecto a los aspectos particulares que adopta la participación en las diversas realidades: ¿cuál es la especificidad que podemos encontrar en la expresión de los niños discapacitados, de los que se encuentran en medio de conflictos armados, de

los migrantes, de aquellos que viven desarraigados de sus familias o lugares de origen, de los más pequeños? ¿Cuál es la expresión que caracteriza a los niños de zonas rurales y de comunidades indígenas? Particularmente en términos de género ¿cómo es la participación de las niñas? ¿Cómo hacer para convocar a un mayor número de niñas e involucrarlas en estos procesos?

En el ámbito de los adolescentes y jóvenes quedan también preguntas, ya que los estudios sobre participación juvenil en nuestro país se han centrado en los grupos urbanos populares, en los jóvenes universitarios y en la participación electoral y los partidos políticos. Hace falta explorar otros terrenos y procesos como la participación de las mujeres, los grupos en zonas rurales, los cambios en las formas de participación a medida que aumenta la edad del adolescente, los procesos de comunicación y organización de redes, entre otros temas.

De ahí surge una pregunta que nos llevará al tema del siguiente capítulo: ¿qué nos dicen a los adultos estas voces infantiles y juveniles tan diversas y sorprendentes?